

La pila LIFO

FEDERICO ABAD

LIFO: Término que describe un método de extracción de elementos o artículos de una lista ordenada en cola basado en el criterio de que el último depositado será el primero en salir (“Last In, First Out”).

1

La mañana del lunes 8 de noviembre de 1982, Doña María Luisa Sáez de Grajales encontró al despertar cinco billetes de mil pesetas sobre su mesilla de noche. Quien los hubiera depositado allí había tenido el cuidado de colocar sobre ellos el portarretratos con la imagen de Santa Gema, exvoto que Doña María Luisa —Luisa en lo sucesivo— conservaba desde hace años junto a la lamparilla.

A la hora del desayuno, su inquietud la llevó a preguntar acerca de la aparición de aquel dinero, pero tanto sus hijas Cristina y Natalia (Esperanza, la mayor, cursaba por entonces estudios en Inglaterra) como Consuelo, la criada, afirmaron no saber nada sobre el particular. No obstante, y pese a que el infructuoso resultado de su indagación apuntaba a una amarga sospecha, mintió imperturbable cuando, al interesarse aquéllas por la procedencia del dinero, fingió recordar haberlo dejado distraídamente allí al regresar de la peluquería la tarde anterior, olvidándose de guardarlo más tarde; conjeturó que la prisa por preparar los exámenes del día siguiente habría sido la causa.

Con un sentido del orden propio de quien ejerce a la vez como profesora de matemáticas en bachillerato y como discreta madre de familia de la más acomodada burguesía de la ciudad, era un hecho singular que Luisa fuera dejándose los billetes en cualquier sitio. Esto, que podría carecer de toda importancia, no pasó desapercibido para Natalia, cuyas finas dotes de observación se ocultaban tras su bulliciosa juventud. Camino del instituto, donde la hija asistía a las clases de COU, ambas permanecieron en completo silencio dentro del automóvil, ocupadas en elaborar distintas suposiciones sobre la misma persona, Don Diego Grajales Salcedo, en calidad de padre y de esposo.

Natalia se esforzaba por comprender qué secreta razón existiría bajo la mal disimulada preocupación de su madre. El dinero, no cabía duda, pertenecía a su padre, pero era lo único que quedaba claro. Luisa, que había vuelto a encontrarse en los brazos de Diego la noche anterior después de seis meses de mutuo abandono en el amor, luchaba con dificultad por ahuyentar absurdas ideas que vincularan ambos sucesos. Tan sólo imaginarlo se le antojaba demasiado sórdido.

Aunque durante todo el día deseó regresar a casa para poder aclarar con su marido aquel extraño asunto, no halló nuestra protagonista oportunidad de hacerlo hasta que estuvieron solos, en la sobremesa de la cena. Sus hijas se habían retirado a estudiar. Consuelo acostumbraba a acostarse temprano cuando había de madrugar para prepararle el desayuno a Diego. En la casa reinaba el silencio, y desde el jardín les llegaba el apaciguado rumor de la lluvia.

—Diego... —comenzó a decir su esposa.

—Sí, cariño —contestó sin levantar los ojos del periódico.

—Esta mañana me encontré cinco mil pesetas en la mesilla de noche.

—¿Y...?

—¿No serán tuyas, por casualidad?

—No lo creo —respondió con correcta indiferencia.

La pregunta fue hecha de un modo aparentemente insignificante, pero el corazón de la mujer latía con violencia. Estaba muy segura de no haber visto los billetes hasta esa misma mañana. El haber planteado la cuestión a la criada y a sus hijas se le antojaba, transcurrido el día, una perfecta estupidez, aún cuando en aquel instante vino a dar pábulo a su presentimiento. Pero la sutileza que acababa de emplear el esposo para mantenerse al margen resultaba en verdad denigrante.

Nada, sin embargo, comparado con lo que supondría el explicarlo todo.

Aquella noche, Luisa y Diego hicieron de nuevo el amor. Bajo el cuerpo de su compañero, la mujer volvió a experimentar el entrañable calor que tanto le faltara. Su embriagada conciencia se debatía en un torbellino donde la dicha y la ansiedad aparecían mezcladas en una singular sensación. Finalmente se durmió abrazada a él. Su sueño fue irregular, y cuando percibió algunos rayos de luz pasando furtivos a través de la persiana comprendió que estaba amaneciendo.

Llevada a la complicidad de aparentar el sueño, alcanzó a ver con los párpados entrecerrados cómo su marido, que por razones de trabajo se levantaba una hora antes, ponía al marcharse algo sobre la mesilla de noche de Luisa. Al oír cerrarse la puerta y arrancar el motor del automóvil, se incorporó y encendió la lamparilla. Efectivamente, aquel que desde veintidós años atrás

ejercía como cónyuge le había recompensado con otras cinco mil pesetas por entregarse a su deseo.

Sólo le faltó entonces privar de su cuerpo a Diego en la noche siguiente, y esperar a que éste saliese sin dejar nada, para comprender que aquel pago subrepticio buscaba premiarla por sus favores carnales.

Cierto es que su frialdad fue en buena parte el origen del reciente periodo de abstinencia. Las preocupaciones por la marcha de Esperanza a Inglaterra, los roces con Natalia —cada vez más frecuentes— y, sobre todo, la precaria salud de sus propios padres quizá la angustiaron en exceso, por lo que las relaciones con Diego, que durante tanto tiempo habían discurrido dentro de una serena plenitud, se vieron interrumpidas.

El perjuicio que este hecho puede provocar en un cónyuge no siempre es convenientemente calculado por aquél que lo provoca. Diego, en este caso, no pronunció la menor queja a Luisa. Ella apreciaba su carácter respetuoso en todo lo que valía. No, no era una pareja distanciada, pero en esta ocasión no hubo palabras que justificaran tal vacío. Nadie pidió explicaciones, y nadie las dio. Si algo se dijo, sólo fue con el silencio.

El suyo era un dolor profundo como una puñalada. ¿Quién puede esperar —se preguntó— que le suceda algo semejante? Parecía tan absurdo... Verse remunerada por la relación sexual en el matrimonio resultaba poco menos que delirante. ¿Qué significaba entonces? ¿Se trataba meramente de una forma inadecuada de mostrarle su agradecimiento, o era acaso el modo más soez de humillarla sin dirigirle la palabra?

Humillada, por encima de todo, se sintió por culpa de aquellos malditos dineros que le quemaban como ascuas. Un dinero

con el que no supo qué hacer. Y por no saberlo, porque usarlo habría sido enfangarse más aún en tanta suciedad, porque romperlo o quemarlo, o tirarlo o darlo, era superior a sus fuerzas, optó por meterlo en un cofre de pequeñas dimensiones que guardaba en su armario y que contenía algunas joyas. Sin quererlo, Luisa se disponía a ver crecer como una criatura monstruosa aquel fajo de billetes que aún desde su escondrijo le producía un ardor desmesurado.

2

El sentimiento de trauma mantuvo a Luisa alejada de todo contacto físico con su esposo por el resto de aquella semana de noviembre. Durante los días 15 a 19 del mismo mes, Diego hubo de ausentarse de la ciudad para asistir a un congreso que se celebraba en la capital. Las puntuales llamadas telefónicas que hacía a su esposa cada noche, junto con un elegante camisón de seda que trajo de regalo para ella a su regreso, le hicieron olvidar a ésta la gravedad del conflicto conyugal. A una mujer enamorada —y Luisa lo era a su pesar— no le hacen falta muchos más signos de afecto para vencer su zozobra. En medio de aquella incomprensible vorágine, el vacío del lecho fue ganando en silencio la primera batalla contra su recelo; y cuando aquel vacío quedó cubierto por la marea de su propia pasión, un nuevo tributo se hizo patente bajo el retrato de Santa Gema con el despertar del sábado 20 de noviembre.

Tres días más tarde, después del almuerzo, Natalia pensó aprovechar el tiempo disponible hasta la hora de regresar al instituto para terminar unos ejercicios de combinatoria que su madre pediría en la clase de las cinco. Se había dejado el libro de matemáticas en casa de una compañera con la que estuvo repasando temas el domingo por la mañana, de manera que tomó el de Luisa. Sujeta por el pliegue interior del forro de plástico transparente halló una hoja del cuaderno de anillas doblada en cuatro partes. No era propio de ella pasar por alto un detalle similar. Desplegó el papel cuadriculado y leyó en él la siguiente relación:

- diálogo: interrogación/afirmación
- devolución
- abstinencia
- divorcio
- ridículo (público?)
- aventura
- prost.

Natalia ya conocía aquel tipo de listas; la que sostenía entre sus dedos presentaba todo el aspecto de haber partido de un *brainstorming*. Su madre le había instruido a menudo en la tormenta de ideas —era ésta la traducción del término inglés— como una de las técnicas fundamentales en el desarrollo del método analítico: apuntar cualquier posibilidad que conduzca a la resolución de un problema. Y el que se adivinaba tras aquella hoja encerraba sin duda mucho de particular: el guión carecía de título, había aparecido en un sitio insospechado y sus elementos no tenían desperdicio. Natalia se azaró tanto que cerró el libro y volvió a colocarlo en el lugar donde estaba, antes de que su propietaria lo echase en falta.

Dos horas después, ya en clase, iba a recibir una reprimenda de su madre por no saber desarrollar en la pizarra los ejercicios que debió llevar preparados. No estaba acostumbrada a que le calentasen las orejas, y se sintió herida. Lo que llegaron a pensar sus compañeros le traía sin cuidado; su preocupación venía por Remigio.

Las cosas no andaban muy bien entre ellos. Desde que empezaran a salir en la pasada primavera, la relación atravesaba el momento más bajo. El interés del chico —al menos ése era su punto de vista— había decaído. Y los devaneos que Miriam mostraba con él últimamente le estaban quemando la sangre. Por eso, quedar en ridículo ante él en tales circunstancias se hacía inoportuno, aún cuando lo asumiera como justo merecimiento por meter la nariz en el lío que se había organizado entre sus progenitores. “Menudo lío”, se dijo.

Al terminar la jornada, Natalia se acercó hasta la sala de profesores, donde la esperaba su madre.

—Pasa, Natalia —le indicó—. Siéntate un minuto, que voy a llevarle estos boletines al secretario.

—Verás, mamá. Es que venía para decirte que me voy a quedar un rato con Remi. Queremos ir al cine.

—Está bien —aprobó con templada sequedad—, pero no me gustaría verte llegar tarde a casa.

—No te preocupes, mamá —dijo Natalia tranquilizándola, mientras se acercaba a su madre para besarla en la mejilla. Iba a salir por la puerta cuando la voz de Luisa volvió a pronunciar el nombre a sus espaldas.

—Natalia...

—¿Qué, mamá? —respondió cansadamente mientras se volvía.

—Me tienes preocupada.

—¿Por qué me dices eso, mamá?

—Sabes demasiado bien por qué te lo digo.

—Seguramente porque no he hecho los ejercicios... Hoy ha sido la única vez que ha pasado, ¿me vas a condenar por eso?

—No sólo por eso.

—Entonces, dime por qué. Porque no podrás quejarte de que tu hija es una mala alumna.

—Ser buena estudiante no lo es todo.

—Entonces, ¿qué más quieres, mamá? —preguntó con ojos llenos de desconsuelo—. ¿Quieres explicarme qué es lo que hago mal? Porque yo no lo sé.

Luisa permaneció un instante en silencio, con la cabeza doblada hacia la ventana, observando a los alumnos mientras salían a la calle por la cancela del patio principal. Al final volvió los ojos a su hija.

—Natalia, me preocupa lo que hay entre ese chico y tú.

—¿Pero por qué, mamá? ¿Qué tiene él de malo?

—No lo sé. En realidad, no tiene nada. Pero te veo un poco ida con él, y temo que pueda hacerte daño.

—Tu preocupación es innecesaria.

—Podrá serlo, pero no puedo evitar tenerla.

—Podrías conseguirlo si dejases de hacerte responsable de tus problemas.

—¿Qué quieres decir, Natalia?

—Quiero decir —respondió decidida, aunque nerviosa— que si estás mal no deberías pagarlo conmigo.

—No me ataques, Natalia, no me ataques. No estoy dispuesta a consentírtelo.

—Estás demasiado nerviosa, mamá. Deberías calmarte un poco.

—No estoy nerviosa, hija. Y creo que tengo derecho a preocuparme por ti.

—Y yo por ti. No veo por qué no.

Sólo un instante de silencio. Luego, la chica miró de reojo hacia la puerta: a través de la cristalera se distinguía la figura del joven.

—Bueno, mamá. Me están esperando. ¿Quieres algo más?

—Nada. Me conformo con que recuerdes lo que te he dicho.

—Lo recordaré, mamá. De ahora en adelante dedicaré todos los días de mi vida un *ratito* a recordarlo —y dijo esto mientras salía al vestíbulo.

3

Aquella simple lista funcionaba de hecho como un breve manual de operaciones para Luisa, quien, sin esperarlo, había visto convertirse su propia existencia en el más intrincado de los problemas. Ella, acostumbrada a dar pautas de análisis en la disciplina que impartía a los alumnos, se vio desbordada sin embargo por algo que, si bien muy elemental de definir, era enormemente complicado de resolver. Los infructuosos intentos de atacar el problema se fueron sucediendo a lo largo de los siguientes días, descartados en ocasiones antes de su inicio, llevados en otras has-

ta el fracaso, mientras su estado de ánimo empeoraba y se sumía en la desesperación.

En primer lugar, trató de responder con firme decisión a la ofensa privando a su esposo de relaciones maritales. Durante las dos semanas siguientes procuró acostarse más pronto que de costumbre, con tal de que Diego la hallase dormida —casi siempre en apariencia— al hacerlo él. Y si algún día esto no le era posible y las manos del hombre buscaban su piel para acariciarla, ella se escurría volviéndose suavemente de espaldas, poniendo empeño en manifestar su falta de deseo.

Pudo más, no obstante, la perseverante actitud de Diego, un hombre que, al igual que el doble personaje de Stevenson —pensaba Luisa—, no sólo le deparaba el abismo de la infamia, sino también el amoroso valle de la ternura. De tal modo le hablaba con afecto y le seguía proporcionando la más grata compañía; de tal modo la trataba con todas las atenciones imaginables. Tanto que, al llegar la medianoche del lunes 6 de diciembre, Luisa volvía voluntariamente a su calvario de amargas recompensas.

4

Acaso sea éste el momento en el que Luisa empiece a sentirse sucia. Por lo pronto, levemente sucia. Aquella pesadilla no sólo le producía angustia: amenazaba con poner a prueba lo que ella había entendido siempre como sus propios principios. Se tomó,

pues, un par de días antes de abordar una nueva decisión al respecto. Entre tanto, se impuso como ejercicio guardar la calma, arrojar de su pensamiento aquel recuerdo cada vez que le asaltara.

No era fácil. Lo que sucedía a su alrededor creía percibirlo al otro lado de un velo de ansiedad. Con esfuerzo logró ir ganando ánimos para buscar alguna salida a su tormento. Volvió a abrir su lista y la repasó. Se convenció finalmente de que devolver el dinero, sin ser un enfrentamiento directo —de lo que no se sentía capaz—, podría dar a entender su negativa a dejarse humillar. No lo pensó mucho más. El jueves por la mañana extrajo las veinte mil pesetas del fondo del cofrecillo y las dobló en dos fajos de a diez antes de introducir las en un bolsillo de una de las americanas de Diego.

No quiso creer que tal iniciativa sirviera para poner fin al asunto. No obstante, cuando salió a la calle y advirtió que la lluvia que cayera durante la noche había cesado, el aire limpio llegó a sus pulmones, y comenzó a sentir que había terminado de ser débil. El resto del día se le hizo más llevadero.

Encontró a Diego en casa al regresar por la tarde. Estaba leyendo junto a la chimenea. Lo primero que se le ocurrió al verlo de nuevo, aún antes de hacer notar su presencia, fue preguntarse qué sensación experimentaría ahora frente a él. Al tiempo que discurría su conversación, otra voz interior hacía conjeturas sobre su persona. Tal vez no lo odiaba; podría quererlo, incluso, pero era tan incomprensible su actitud...

¿Se trataría de un síntoma de locura? Un escalofrío recorrió con urgencia el cuerpo de Luisa. Hasta entonces no había hablado con nadie sobre lo sucedido; seguramente era así porque

no sabía cómo hacerlo. Tal conducta, en efecto, parecía grave en su doble vertiente de ofensa y de negativa a admitirla. Pero elaborar una consideración moral sobre ello se volvía muy confuso; en tal grado que, pese a todo, al final de aquel lapso renunció a aceptar que Diego era un demente o un canalla. Tolerantemente se avino sola a la espera de otras explicaciones.

Diego sostenía el libro ante sus ojos cuando ella se dejó caer a su lado en el lecho. Él le acarició suavemente el cabello y puso un beso en su frente sin interrumpir la lectura. Luisa lo observó de reojo. Reconoció que no le tenía miedo, que ahora ella era algo más fuerte, antes de volverse hacia él y poner un brazo sobre su vientre. Un rato después le hizo el amor a sabiendas del inminente dinero que le aguardaba por la mañana en la mesilla. Lo que no había previsto era hallar tan pronto las anteriores veinte mil pesetas devueltas al cofre, dispuestas a hacer engrosar la maldita pila que habían inaugurado.

Pero Luisa ya no estaba a esas alturas tan consternada como al principio. Se acercaba el momento de encarar el tema, de hablarlo abiertamente con Diego: pensó que si lo abordaba a cualquier hora del día, con toda probabilidad su esposo seguiría sin darse por aludido, como sucedió al principio. Claro que, si esperaba al instante en que estuviera colocando el dinero bajo el exvoto, él no tendría más remedio que dar una explicación. Fuese la que fuese, la prefería a continuar con aquella farsa.

Y de este modo resolvió hacerlo. No lo consiguió la mañana del domingo porque, a pesar de haberse levantado antes que Diego, los billetes habían amanecido sobre la mesilla como prueba de un nuevo capítulo de sexo. Pero no lo logró tampoco la mañana del miércoles, cuando, en la penumbra del amanecer,

el hombre depositó junto a sus ojos entrecerrados el pago por haberle dejado entrar de nuevo en su cuerpo. Algo en su interior le impidió delatar su expectante vigilia; quizá el pánico a arrojarse a la lucha frente a frente, con toda desnudez.

De igual manera ocurrió en tres ocasiones más, sin que en ninguno de los casos supiese hacer nada por evitarlo. Y cuando la mañana del veintitrés de diciembre, víspera del día de Nochebuena, Luisa se sorprendió a sí misma preguntándole a su esposo qué pretendía conseguir pagándole cada vez que le permitiera poseerla, el tiempo se detuvo. Diego permaneció inmóvil durante un instante. Luego, muy despacio, apartó su mano del dinero que había dejado bajo la imagen de la santa. Luisa se incorporó en la penumbra y acercó su rostro desafiante al de su marido, que se volvió hacia ella para observarla con un extraño gesto de desconuelo. Quedó de frente, con la mirada huidiza. No supo decir nada. Tras un minuto de silencio, caminó lentamente hacia el perchero, tomó su americana y salió sin que su voz se hubiera escuchado.

5

Siguiendo los acontecimientos llegamos a la tarde que precede a la Nochebuena. Encontramos a los Grajales arreglándose para ir a casa de los padres de Luisa, con quienes cenarían aquella noche. La tarde anterior habían acudido juntos a la estación de ferrocarril para recibir a Esperanza. Por la cabeza de Luisa andaba ya rondando una idea, una palabra que siempre le fue

ajena: el divorcio. Sentirla ahora adentro, y al mismo tiempo ver a los suyos a su alrededor... Echó en falta el universo perfecto del álgebra. En él podía extraer la solución en todos los casos, y eso le proporcionaba una sencilla felicidad. Pero la realidad, insufriblemente sórdida, discurría por caminos muy distintos a los de la lógica.

Luisa dialogaba con su hija mayor en la sobremesa de la cena. Su madre, mientras tanto, se enzarzaba en breves riñas de viejo con su esposo. De Don Gregorio Sáez, quien fuera notario en la localidad a lo largo de cuarenta años, sólo quedaba una sombra próxima a desvanecerse bajo la demencia senil. Doña Engracia aún conservaba la cordura; en cambio había perdido del todo el buen carácter. Para remediar su torpeza seguía contando con Milagros, si bien era cierto que para la criada los años tampoco pasaban en balde.

Esperanza abrumaba a su madre con detalles sobre la estancia en Manchester; Luisa la escuchaba con atención: seguramente soñaba con estar allí, poder abandonar todo cuanto la hacía desgraciada. Diego acabó por unirse a la conversación. Esperanza le fue explicando a su padre las dificultades que tuvo al principio para comunicarse en una lengua que creía dominar. Dentro de la mente de Luisa, la voz de la joven se iba perdiendo. Miraba a su alrededor, ensimismada. No concebía cómo estando rodeada de sus seres queridos podía, sin embargo, sentirse tan sola.

Y es que Luisa se había descubierto, dolorosamente, como una mujer sola. Pronto comprendió que no tenía ningún confidente a quien recurrir; ninguna amiga particularmente íntima, nadie de su familia a quien contarle lo mal que se sentía, mucho menos la razón de ello. Las vacaciones de Navidad no le propor-

cionaron el debido descanso, y llevada por el desasosiego, los acontecimientos festivos se habían tornado en una cierta inconveniencia.

Sobrellevó la velada como mejor pudo. A media noche, y con la excepción de Esperanza, a la que dejaron en la fiesta de una amiga celebrando su primera vuelta, la familia regresaba a casa. Cristina se llevó un libro para leer en la cama. Natalia permaneció en la salita con su padre, viendo un programa de televisión. Luisa los acompañó sólo un rato. Luego se fue a dormir. En realidad tardó más de tres horas en conseguirlo; y es que en su pensamiento no cesaban de proyectarse infinitas secuencias de su vida que nada venían a decir, que no la conducían a tomar ninguna resolución. Oía palabras antiguas que adoptaban nuevos significados. Escenas aparentemente felices se decoloraban ante sus ojos. Y el futuro; se perdía entregándose a la vivencia de un posible porvenir donde ya no estaría con Diego. Tal vez con sus hijas, pero ¿por cuánto tiempo?

Diego se acostó, y ella no hizo por delatar su insomnio. En las siguientes noches todo volvió a transcurrir de modo similar. Él no buscó la confianza que en efecto daba por perdida; en cuanto a Luisa, cabe suponer que sus planteamientos habían llegado mucho más allá de la mera privación de su cuerpo al hombre. Dentro del cofrecillo seguía habiendo un fajo de billetes, siniestra cosecha de once horas de ternura. Que deseaba desesperadamente su desaparición era cierto, pero no lo era menos que el manejo de pilas para la programación en Forth, que tan bien dominaba, se mostraba inútil frente a lo cotidiano. Tanta teoría, y luego para nada.

6

Era la noche de Reyes. La familia se había reunido para intercambiar los regalos. Cada uno se empleaba cuidadosamente en retirar envoltorios que contenían perfumes, libros, prendas de vestir. Diego abrió el paquete que había recibido de su mujer; se puso a soplar en una boquilla y una muñeca hinchable creció de repente ante los ojos atónitos de los presentes. La sujetaba con aprensión mientras una sonrisa nerviosa se dibujaba en sus labios.

—¿Te gusta mi regalo, cariño? —preguntaba Luisa con sarcasmo.

—Me parece una broma de mal gusto...

—Me alegro —dijo la esposa cortándole en seco—. Lo elegí precisamente para desagradarte. Una forma como otra cualquiera de decirte que eres un cerdo.

—...Y sin embargo, creo que me va a venir muy bien.

—Pues adelante. Por mí, te la puedes tirar ahora mismo.

—Pero, mamá... ¿qué estas diciendo? —la voz de Esperanza no era tanto un reproche cuanto sincera curiosidad.

—Ninguna impertinencia, hija. Que sepas que tu padre lleva dos meses tratándome como a una puta. No sería propio que encima de eso le pusiera buena cara.

—Te estás volviendo necia, Luisa —afirmó Diego.

—¿Y por qué dices que te trata como si fueras *eso*? —la primogénita no estaba dispuesta a quedarse a oscuras. Ni Cristina ni Natalia habían abierto la boca aún.

—Porque me paga por hacer el amor.

Durante un instante nadie dijo nada. Al cabo, Cristina exclamó

—¡Pero, papá...!

—¿Y cuanto dinero te da, mamá? —preguntaba Esperanza.

—Cinco mil pesetas.

—¡Cinco mil! —exclamó sorprendida Natalia—. ¿Cinco mil cada vez?

—Sí, cada vez.

Hubo otro silencio. Diego mantenía un gesto de indiferencia, una leve sonrisa burlona en sus labios.

—Y si yo te dejo que me hagas el amor, papá —dijo Esperanza—, ¿me darías también cinco mil?

—Bueno, tratándose de ti podrían ser... digamos diez.

Luisa estaba espantada. No podía creer lo que estaba oyendo, y aún le aguardaba una nueva sorpresa, cuando Natalia salió diciendo

—Ah, pues por diez mil pesetas también soy yo capaz. ¿Y tú, Cristina? ¿No te animas?

—A mí es que me da un poco de vergüenza.

—¿Vergüenza? Pues sí que eres tonta.

—¿Y si se enteran mis amigas?

—Qué va, mujer. ¿Quién se va a enterar? Nadie va a ir contándolo por ahí. ¿Verdad, papá?

—Por supuesto que no.

—Bueno, si es así...

Las tres jóvenes se acercaron a su padre y, sin ninguna prisa, le fueron desabrochando la camisa y los pantalones. Luisa contemplaba horrorizada todo aquello cuando oyó unos pasos por

el corredor. Se volvió para encontrar a Remigio en el umbral de la puerta del salón. El joven le lanzó un guiño y se acercó; empezó a besarla por el cuello y a acariciar sus senos a través del vestido. La mujer no supo reaccionar. Le había quitado la falda y ya avanzaba con sus manos por entre los muslos cuando la muñeca, convertida en una lasciva mujer de carne y hueso, lo apartó de ella y se lo llevó al sofá mientras le bajaba los pantalones. Desde el dormitorio se escuchaban risotadas y gritos. Se asomó a él y vio en la cama a sus hijas, desnudas, entregadas a dar placer a su marido. Se llevó las manos a la garganta. No podía respirar, el aire no llegaba a sus pulmones. Lanzó un gemido repentino, y en un solo movimiento se incorporó del lecho.

Todo estaba a oscuras. El silencio llenaba la noche. Luisa tomaba aliento afanosamente. Su esposo se había despertado y le preguntaba con visible preocupación

—¡Luisa! ¿Qué te pasa, Luisa?

—Nada, era sólo una pesadilla.

—Tranquilízate, estás muy nerviosa.

—Se me pasará pronto. No te preocupes, sigue durmiendo.

—Tranquila, cariño. Olvídalo todo —le decía para reconfortarla.

Echó un brazo sobre su hombro y la acurrucó mientras le acariciaba suavemente la espalda. Miró el reloj: eran las cuatro y media. Recordó que por la mañana tendría que comprar los regalos de sus hijas. La noche siguiente sería la de Reyes.

7

El lunes 10 de enero Luisa volvía a la rutina del instituto. Al final de las vacaciones, prolongadas un par de días por el fin de semana, pueden advertirse ya en nuestra protagonista los primeros signos de degradación. Aún cuando se esfuerce por no manifestarlo, en su fuero interno se está dando una sorda lucha de instancias que la arrastran con fuerza en distintas direcciones, desgarrándola.

Quizá lo que más daño le haya podido causar ha sido, en último extremo, la inusitada bondad de su esposo; poderosamente remontó por encima de su desesperación, del vértigo que la arrastraba a una separación inminente, de los mayores anhelos de venganza: Diego fue en todo, excepto en lo que ya conocemos, irreprochable. Para Luisa, lo más fácil es seguir con su vida normal. En ella no carece precisamente de satisfacciones; pero ¿cómo soportar la miserable carga que se le impone, la desesperanza, el asco que le produce aquello?

Luisa es, también, una mujer vencida. Tres de las cuatro últimas noches ha sucumbido al amor retribuido. Es débil, lo es irremisiblemente. Su pensamiento se afana en un inseguro contraataque, pero cuanto más escarba, más se confunde. Las pesadillas no han vuelto a acosarla, si bien es cierto que sueña despierta maquinando posibles aventuras con hombres más imaginarios que reales. Ella sabe, no obstante, que lo que imagina no supone una solución; por el contrario, la arrojaría con más fuerza a la podredumbre que había venido sufriendo sin buscárselo. Además, lo reconoce, no le atrae lo más mínimo.

Nos situamos por tanto en la mañana del lunes 10. Madre e hija volvían a hacer en automóvil el mismo recorrido del año anterior. Luisa se interesaba por Remigio.

—No lo he visto por casa en estos días. ¿Qué es de él?

—Nada especial.

—Pero seguís saliendo juntos.

—Sí, claro.

—No te veo muchas ganas de hablar, Natalia.

—¡No es que no tenga ganas, mamá! —respondió algo molesta—. ¿Qué quieres que te conteste? Sólo dice que no quiere venir a recogerme.

—¿Y eso?

—No sé. Dice que le coge muy lejos. Que está cansado de andar autobús arriba, autobús abajo.

—Entonces...

—Quedamos en el centro —no había ciertamente un tono que invitase a continuar la conversación. Y sin embargo, tras una breve pausa, Luisa quiso profundizar algo más.

—¿Te va bien con él?

—Psss...

Por un momento, la madre estuvo tentada de hacer una reflexión moralizante sobre la impredecibilidad de la conducta en el género masculino. Tras percatarse de su poca conveniencia, optó por guardar silencio.

—Verás —continuó Natalia, intentando reparar de alguna forma aquella última exclamación—, no es que nos pase nada malo. Lo que sucede es... no sé, lo veo un poco perdido.

—Ya.

—Me gustaría saber cómo atraer más su atención, pero no se me ocurre.

—Es posible que no sea ésa la solución —se atrevió a sentenciar su madre.

—¿Cuál, si no?

—No lo sé. Además, no soy yo quién para decírtelo.

—Vale. Perfecto.

—Natalia, hija. Luego me dices que me meto en tus asuntos.

—No pienso decírtelo, no te preocupes. Bastante tienes ya con los tuyos.

Luisa se volvió de inmediato para ver con qué gesto había dicho su hija aquello. Pero la joven estaba demasiado ocupada mirando las carteleras del cine junto al que circulaban en aquel instante.

8

Jueves, 13 de enero. 9 de la noche. El coche de Luisa desciende despacio por la calle Novelas. Es estrecha. Unos cuantos soldados, que caminan gastándose bromas, se hacen a ambos lados para dejar paso al vehículo. Para ser invierno no está la noche muy fría. Las prostitutas observan desde los quicios de las puertas el paso de los transeúntes; de cuando en cuando, hay alguno que se demora, como dudando, antes de dirigirse a una de ellas: la mujer se contonea con frivolidad ante su cliente. Al volante del Volkswagen se vislumbra un rostro de expresión absorta. Lleva Luisa los ojos húmedos. Algo la atrajo hasta aquí.

Siente que le han arrancado la dignidad; por eso busca a una verdadera puta, para demostrarle a su esposo cuándo es preciso pagar.

Por otra parte, no se halla muy segura de querer continuar esa búsqueda. Piensa en Diego, en su bondad, en el modo de acariciarla. Luego mira a una de las prostitutas; observa el furioso carmín de sus labios, el espeso rímel de sus pestañas, los muslos que cubren sus medias. No se detiene: continúa descendiendo hasta el final de la calle, y rápidamente emprende el camino de regreso a casa. La ciudad se le antoja triste, fantasmal, inhóspita. Todavía la recuerda así cuando Diego la acoge entre sus brazos en la oscuridad de la medianoche.

El viernes de la siguiente semana, el matrimonio acudiría a la presentación de un libro en el palacio de congresos. Durante la copa a la que se invitó a los asistentes Diego fue observado disimuladamente por su mujer. Luisa conversaba con algunos conocidos, pero su semblante traslucía cierta distracción. Guiada por un sentimiento no del todo racional, seguía atentamente el ir y venir de Diego entre sus contertulios, buscando algo que resultara extraño en su modo de ser. Acaso esperaba que su esposo también la vigilara recelosamente, por si demostraba excesivo interés en alguno de los hombres con los que llegaba a entablar diálogo.

Fue entonces cuando comprendió de qué modo empezaba a delirar. Con inusitada paciencia se había ido creando un universo regido por sospechas imposibles. Su marido mantenía una animada charla con el autor, antiguo compañero de estudios. Todo era normal, pero ella estaba angustiada. Su corazón latía con violencia.

Avergonzada, se acercó a Diego, que echó un brazo sobre su hombro y le besó en la frente mientras resumía una anécdota relatada por el escritor un instante antes. Los tres se sonrieron relajadamente, y Luisa se sintió algo más feliz. Aquella noche volvió al sexo, y por la mañana, tal como imaginaba, su recompensa estaba preparada bajo la estampa sacra.

9

Era el segundo viernes de febrero. No había nadie en el chalé. Tampoco estaba Consuelo, que había pedido unos días para irse a Barcelona con la familia de su hermano. Serían las siete cuando Luisa llegó a la casa. Afuera quedaba la lluvia cayendo copiosamente. Traía los zapatos empapados y el ánimo sumido en el abatimiento.

El interior de la vivienda estaba en penumbra; casi había anochecido. A través de las ventanas, la luz de las farolas le permitió caminar hasta el salón con pasos lentos y sentarse en el sofá sin tropezar con ningún mueble. No quiso encender la luz, seguramente para que su propia presencia fuese lo más apagada posible.

Había estado tomando café en casa de Ana, una compañera de departamento. Sentada al calor del brasero, nuestra protagonista pensó en principio que podría haber encontrado una confidente a quien revelar su pesadumbre, de quien obtener consejo incluso. Sin embargo, ya fuese por la escasa sagacidad de su anfi-

triona para percibir el deplorable estado por el que Luisa pasaba en aquel momento, o acaso por la sutileza con que ésta supo ocultarlo, el resultado fue que la plática —en la que poco participaba la invitada— sirvió antes que nada para desahogo de tan locuaz colega.

“Todo es una impostura”: tal era el pensamiento de Luisa dentro del coche, abstraída con el vaivén del limpiaparabrisas, cuando volvía a su hogar. El tono gris y húmedo de las calles, sembradas con las luces borrosas del temprano atardecer, puso el acento triste en el paisaje.

Sus ojos se habían manchado con aquella imagen que persistía sobre la suave oscuridad de la estancia. Sentía algo de frío; aún así, permaneció quieta en su asiento, como abandonada. “No soy la misma”, pensó. Y era cierto. Por primera vez después de mucho tiempo, en lugar de cambiarse de ropa y atacar alguna tarea, quedó apresada entre la noche y el silencio, tratando de olvidar más y más cuanto más recordaba.

Esta pugna operaba incansable dentro de su cerebro: el destino —“cruel destino”, contaba el bolero— le había arrebatado la paz que tan necesaria le fuese, y cualquier esfuerzo por recuperarla se volvía inútil. En las dos últimas semanas había hecho el amor otras tantas ocasiones, escondiendo su humillación entre las tinieblas del dormitorio. Volvió a sentir en la memoria el cuerpo de Diego sobre el de ella, el suave placer corriendo por el suyo y, clavada en la garganta, la angustia por el dinero al amanecer. Todo junto en una mezcla amarga.

Si ella no fuese ella —se decía—, si fuese otra mujer, seguramente ya se habría avenido a aceptar la inevitable paga. Pero Luisa, tenaz en sus convicciones, no quiso sucumbir a tal perfi-

dia, y sólo llegó a admitir el hecho de que en su matrimonio operaba una sutil vinculación sadomasoquista, imposible de doblegar por ninguno de sus frentes.

Ahora estaba a oscuras, inmóvil y desesperada. “¿Qué puedo hacer, Dios, qué puedo hacer?”. No podía hacer nada, “absolutamente nada”, se repetía una y otra vez.

De repente, alumbrada en un segundo por un último rayo de lucidez, logró verlo todo claro; cayó en la cuenta de que lo único, lo verdaderamente único que podía hacer era dejar que la pila de billetes creciera, convivir con la depravación a la que la sometía su cónyuge noche tras noche; y amarlo, quererlo profundamente más allá de su rito perverso, porque era su esposo, porque estaba enamorada de él, porque lo necesitaba. Lo único que hacía falta era enjugar su herida, y que nadie supiera lo más mínimo. Con eso, y con una asquerosa resignación, tal vez consiguiera salir de su depresión y vivir, vivir sobre todo, porque en las últimas semanas había perdido hasta la sensación de estar viva.

Alguien introdujo una llave en la cerradura, la abrió y encendió la luz del recibidor. Luisa volvió la cabeza hacia la puerta abierta que comunicaba con el salón. Con los ojos deslumbrados preguntó quién era.

—Soy yo, mamá —respondió Natalia, mientras soltaba el paraguas en el paragüero—. ¿Donde estás?

—Estoy aquí, en el sofá.

La joven encendió las luces del salón, y puso una expresión de extrañeza al ver a su madre medio recostada en el asiento, con la misma ropa que traía de la calle, y los párpados entrecerrados.

—¿Qué haces ahí?

—Nada. Acabo de llegar hace un momento, y me he sentado a descansar.

Natalia se quedó callada, un tanto ensimismada. Luego preguntó con escasa convicción.

—¿Te pasa algo?

—¿Por qué me tiene que pasar algo? ¿Es que no puedo sentarme ni un momento?

—Claro que sí. Pero como no lo haces nunca, por eso te lo he preguntado. ¿Fuiste a tomar café con Doña Ana?

—Sí.

—¿Ha dicho algo de mí? —preguntó interesándose.

—Dice que estás más guapa cada día.

—Todo un detalle. Será demencia senil.

—Qué estúpida eres, hija. Además, Doña Ana sólo tiene cinco años más que yo.

—Pues a mí me parece una vieja cotorra. Por cierto, ¿te ha dejado hablar?

—La verdad es que no mucho.

—Ya me lo imaginaba. ¿Te importa que ponga la tele?

—No, yo voy a cambiarme. ¿Por qué no enciendes la chimenea? Parece que hace frío.

10

Luisa no estaba dormida. Faltaba poco para la una de la madrugada. Arropada por las sábanas, varada en su vigilia, su mente ya no se debatía entre oleajes de dudas y desesperanzas; ahora había llegado a un mar quieto, a una noche calma donde ya se vislumbraba la aceptación de lo inevitable. Le dominaba la tristeza, cierta pena de sí misma por haber perdido algo que se resistía a llamar dignidad. Quizá por eso no podía evitar el tener los ojos húmedos.

Diego, que había estado siguiendo un debate por televisión, entró al dormitorio y se metió en la cama. Durante unos minutos se mantuvo boca arriba, los ojos fijos en el techo, sin dar muestras de conciliar el sueño. Luego acercó su rostro al de su esposa, que no se alejó en esta ocasión, ni hizo por parecer dormida. El hombre percibió su respiración lenta y suave, y besó su hombro. Notó en su piel un ligero temblor apagado. Muy despacio, hizo pasar el envés de su mano por la mejilla. Le dio un beso más, junto a la oreja, y ella hizo otro tanto.

Aquella noche Diego y Luisa volvieron a hacerse el amor. La mujer se dio a su compañero con cariño y con dolor, enormes tanto el uno como el otro. Ya no guardaba venganzas, porque nada podía hacer. Sólo callar, y decirle con sus abrazos y sus besos que, a pesar de todo, no tenía más remedio que seguir queriéndolo. Mientras, alguien permanecía en el salón con el televisor a bajo volumen, y hasta su cuarto llegaba el sonido de una armónica triste que interpretaba *Ne me quite pas*.

11

Serían casi las diez cuando Luisa se despertó. Tras una apetecible demora entre los pliegues de la almohada, se puso en pie y descorrió las cortinas. La alegre luz del sol entró en el dormitorio y deslumbró sus pupilas por un instante. Por eso parpadeó varias veces cuando, al volverse hacia la mesilla de noche, advirtió un vacío bajo el retrato de Santa Gema.

La mañana del sábado 12 de febrero fue muy distinta a todas las demás. Habían pasado casi cien días desde aquel lunes 8 de noviembre. Mientras desayunaba, sus hijas entraron en la cocina y le dieron los buenos días. A su memoria vinieron entonces las torpes indagaciones que quiso hacer en aquella mañana, pero le pareció tan lejano ese momento... Hasta la misma noche anterior la recordaba como algo muy antiguo.

Estaba inusitadamente feliz; sentía una amable mansedumbre en su interior. Incluso Cristina, conduciéndose por el tópico, reconoció en ella un “aspecto magnífico”. Su buen ánimo la llevó a ocupar la soleada mañana en darle un arreglo al jardín, a pesar de que la hierba estaba aún algo húmeda por la lluvia de los últimos días. Pero su intención era, más que nada, quedarse a solas un rato, poder meditar sobre su nueva situación.

“Es probable que todo haya acabado aquí”, pensó; y un ola de dicha se extendió hasta sus labios provocándole una tímida sonrisa, inundando de luz su pensamiento. Había buscado soluciones y había errado siempre, porque la solución no existía. O tal vez sí, aunque consistiera precisamente en no hacer nada, en

creer solamente que la infinita paciencia de un amor callado fuese la única derrota posible para su cruel castigo.

Diego y Luisa volvieron a unir sus cuerpos aquella noche. Luisa no quiso ya ocultar su gozo, y se entregó apasionadamente a su marido. Libre de todo temor, sin haber hallado explicación a su tortura, pero confiada de nuevo en él, le ofreció su amor quizá como nunca hasta entonces lo había hecho, hablándole por toda su piel para decirle que nada había cambiado y de qué modo deseaba olvidar cuanto hubiera sucedido.

Jamás volvería a encontrar nuestra protagonista el supuesto pago a sus favores carnales. Ya no tuvo que mirar con desesperación bajo el retrato de la santa a la vuelta de una noche de goces; el paso de los días arrastró consigo toda esta pesadilla. Y, por si fuera poco, se obró el prodigio: la pila de billetes empezó a menguar.

De vez en cuando, Luisa abría el armario y extraía del cofrecillo el paquete para contarlo, constatando que cada encuentro sexual con su marido llevaba siempre a la desaparición de un fajo de cinco mil pesetas. Sólo hubo una ocasión, tras una tarde en la que aprovecharon su soledad para meterse en la cama, en que el dinero no fue retirado; pero ello no impidió que se siguieran amando con vehemencia casi periódicamente. De tal manera que el 8 de marzo, cuatro meses después de inaugurarse, la pila de dinero perdió su primer fajo, desapareciendo para siempre y llevándose el recuerdo de un tiempo que Luisa, cabe suponer, había borrado ya del calendario.

12

Domingo 16 de junio de 1991. 18,30 horas. Está anoche-
ciendo. Acabo de disfrutar del último baño de mar por este día.
Nos encontramos en la Playa de los Delfines de Cancún, núcleo
turístico del estado mexicano de Quintana Roo. El cielo va ad-
quiriendo un tono oscuro, y en el horizonte destaca una franja
de cúmulos blancos. Por debajo de ésta, el Caribe conserva toda-
vía un singular fulgor verdeazulado, sugerente en su contraste
con el brillo blanquecino de la arena de coral. Un par de pelíca-
nos describen círculos sobre nosotros.

Mantenemos una conversación sincera y apacible, a la que in-
vita la puesta de sol. En estos días he llegado a trabar cierta amis-
tad con una de tantas parejas que vienen a cumplir su luna de
miel en el Caribe maya, pero en nuestro ánimo ha nacido ya la
rápida confianza que se suele dar entre aquellos que comparten
un viaje. Mientras paseamos por la orilla, los dos jóvenes me ha-
blan divertidamente de cómo se conocieron, de las vicisitudes en
sus largos años de noviazgo, de la memoria que conservan de to-
do ello.

—Si no llego a regalarte la moto, seguramente te hubieras ido
con la pava de Miriam —le reprocha Natalia a su esposo.

—¡Mujer, tampoco es eso!

—¿Y serás capaz de negarlo? Pero si ya no venías a recogerme
a casa siquiera.

—Date cuenta —me dice Remigio, intentando buscar mi
aprobación—. Yo vivía en la otra punta de la ciudad, y me hacía
ir todos, absolutamente todos los días a recogerla y a acompañar-
la a su casa. Me pasaba más rato en el autobús que fuera de él.

—¡Más, hombre, más! Anda, no exageres —le desmiente Natalia.

—La verdad sea dicha, la *motillo* me vino fenomenal.

—Como que, si no se la compro, no estaríamos aquí.

—Hay que ver lo pesada que te pones con el tema. Ya te he dicho que eso no es cierto.

—Bueno, el caso es que me salí con la mía —resume Natalia, mientras se echa sobre el hombro de Remigio y le coloca un beso sonoro en la mejilla. Los abrasadores rayos de sol que hemos recibido durante los días de estancia en el Yucatán han dejado un profundo tono dorado en nuestra piel. Natalia, con su bikini de *Miró*, presenta un aspecto radiante, aunque falte muy poco para que caiga la noche.

—A ver, Natalia —decido intervenir—. ¿Por qué no me explicas más detenidamente cómo te llevaste el dinero?

—Te vas a empapar de todo —me acusa—. Espero que no se te ocurra ir contando esto por ahí.

—Descuida. Un secreto es un secreto.

—Está bien. Ya sabes que yo estaba al tanto del asunto que se traía mi padre con mi madre.

—Sí, esa parte ya la conozco. Continúa.

—Aquella noche me había quedado a ver el programa de *Jazz entre amigos*. Recuerdo que estaba dedicado a Toots Thielemans. El tema de Jacques Brel me hizo sentirme fatal. Remi no había querido quedar conmigo aquella tarde.

—Sabes de sobra que fue por lo de la cena de mi tía Berta, la que había venido de Alemania —le reprocha el joven.

—Ya lo sé, Remi, ya lo sé. Pero yo estaba muy mal. Entonces pensé: me tengo que inventar lo que sea para que este hombre siga conmigo.

—Apostaste fuerte, ¿eh? —le apunto.

—Ya lo creo —y permanece un instante pensativa.

—Sigue, sigue.

—Pues eso. Entonces, de pronto, la mente se me iluminó. Me acerqué sigilosamente a la puerta del dormitorio de mis padres, que estaba entreabierta, como siempre. Estuve un rato junto a ella (¡Dios, qué vergüenza me da contar esto! —comenta mientras se ríe—), hasta cerciorarme de que estaban... *cariñosos*.

—¿Y...? —estoy ansioso por conocer los detalles.

—Que en ese instante me digo: si mi madre no vuelve a ver dinero en la mesilla, las cosas van a cambiar mucho aquí.

—O sea, que a la mañana siguiente, tu padre volvió a dejárselo.

—¡Claro que sí! Pero mi madre, como era sábado y no tenía que trabajar, se levantó más tarde. En eso quizá pudo influir su estado de ánimo. La tarde anterior, cuando me la encontré en el salón y a oscuras, me pareció que estaba como más tranquila... —duda—. No estoy segura. El caso es que yo me había despertado pronto. Entonces me deslicé hasta su dormitorio, y sin pensarlo dos veces me llevé las cinco mil pesetas. “A ver qué pasa”, me dije.

—Funcionó, ¿no es cierto?

—¡Joder, que si funcionó! El sábado por la noche también los espíé, pero no tuve que afinar mucho el oído. Los suspiros se escuchaban desde la puerta del pasillo.

—Eres una bruja, Natalia —le acuso.

—¡Qué va! Lo que pasó, creo yo, es que papá, ante aquel cambio tan fuerte que dio mi madre, reaccionó; tuvo que darse cuenta de que ella no le guardaba rencor. Y eso que se notaba lo que estaba sufriendo, la pobre.

—Y ya no volvió a poner más dinero sobre la mesilla.

—A partir de aquella noche, la del sábado. Durante todo el domingo estuve montando guardia frente al dormitorio. Y fue así, ya no apareció ningún dinero. Porque, además, en la caja seguía habiendo noventa mil pesetas, como en los últimos días.

—Y entonces —hago por continuar—, ¿por qué no te llevaste todos los fajos de una sola vez?

—¡No, hombre, no! —me mira con sonriente desprecio—. ¡Qué poco romántico eres! Mi madre será de ciencias exactas, un tanto chapada a la antigua y todo lo que tú quieras, pero tiene su *corazoncito*... —medita unos segundos—. Nunca podremos saberlo, aunque sigo pensando que no habría *colado*.

—Tienes suerte. Si más adelante llega a preguntarle a tu padre por los billetes, ¿qué hubiera sucedido?

—Era una posibilidad, por supuesto, y no creas que no la tuve en cuenta. Pero estaría por afirmar que mi madre, conociéndola como la conozco, jamás se atrevió, ni se atreverá, a hablar del tema. Estoy convencida de que se lo tragó todo ella sola.

—Eso fue lo que te favoreció.

—Además, aunque lo hubiera hecho, ¿te la imaginas interrogándonos... a mí, por ejemplo, sabiendo que en tal caso yo debía de estar en el ajo?

—Significaba entregarse a una cierta humillación —le justifico.

—Totalmente.

—Noventa mil pesetas. No está mal.

—Noventa y cinco —corrige—. Recuerda las cinco mil que no llegaron a la caja.

Levanta las cejas. Me sonrío.

—¿Te dio para mucho con esa cantidad hace... —pienso un momento— ocho años?

—¡Una Puch Borrasca, formidable! —interviene Remigio—. Me acuerdo que fue poco antes de entrar la primavera —apunta, satisfecho aún por aquel regalo—. Pues todavía la conservo. ¡Poco bien que me vino! —exclama, y le da a Natalia un palmetazo en la cintura.

—Hay que reconocer que Natalia estuvo genial —comento.

—No sé... —dice ella—. Fue bonito.

Por un minuto, fija sus ojos verdes en el horizonte apagado. Entonces reparo en su íntima grandeza; porque es cierto que la suerte le fue primordial para su loco valor juvenil, pero aún así no puedo dejar de ver en todo aquello una extraña sabiduría.

En el mundo sólo hay un reducido número de seres humanos que tienen el don de alterar el curso de los acontecimientos de la historia. Natalia no es más que una risueña joven en traje de baño que chapotea sobre las olas del mar de las Antillas, contra un cielo que empieza a llenarse de estrellas. Pero también ella, a su manera, pertenece a ese parnaso —tan subjetivo, por otra parte— de seres excepcionales.